

## SUFIJOS AMERICANOS

Así los llamo, sufijos americanos, porque, en su mayoría, han nacido en América, o predominan, por lo menos, en voces de origen indígena. Muchas de estas palabras, como se verá, están ausentes aún del Diccionario académico; en gran parte son simples regionalismos y algunas se han venido de África.

Ni entre los incrementos despectivos, ni entre las desinencias o sufijos que citan y repiten Menéndez Pidal, Cuervo, Torres y Gómez, Monlau, Barcia, Padilla, de la Peña, Alemani, y otros autores, aparecen las terminaciones *-ango*, *-anga*, que son comunes en no pocas palabras muy castizas y en muchas formadas en América. Y encuentro que, tanto la Academia como la mayoría de los autores, o dejan sin etimología las voces que tienen estas terminaciones, o la dan incompleta, discutible o errónea.

Consta *-engo* como sufijo en Menéndez Pidal, *Gram.*, pág. 152, dado como proveniente del sufijo germánico *-ing* y como formativo de *abad-engu*, *frail-engu*, *real-engu* o *real-enco*, *mest-engu* o *mostr-enco* y otras voces; en la *Gram. histórica* de R. Brenes Mesén (pág. 412) puede verse este suf. con la misma explicación. Está también en la *Gram.* de Torres y Gómez (pág. 268), anotado como de formación castellana, indicativo de pertenencia o referencia, y lo consignan otros autores. De las terminaciones *-ango*, *-anga*, *-ingo*, *-inga*, *-ongo*, *-onga*, *-ungo*, *-unga*, muy poco o nada se dice; permanecen olvidados, y así, *sufijos olvidados*, título el capítulo de mi *Crecimiento del habla* que sirve de base para el presente estudio. Casi todos dan generalmente significación despectiva.

Merece anotarse, para justificar el calificativo de *americanos* que doy a estos sufijos, el hecho de que figuren en tantos nombres de tribus o grupos de indios repartidos de un extremo a otro de América. Entre otros muchos pueden contarse los siguientes: *abañengas* (indios tupis, del N. argentino), *acatenangos* (de Guatemala), *aculcengos* (de Nueva España), *alangas*

(del Ecuador), *borungos* o *bocotudos* (del Brasil), *carangas*, *caranguas* o *caranguis* (del Perú), *catongos* o *sachigangas* (del Perú), *cozangas* (del Perú), *chapiyungas* (del Perú), *malingas* (del Perú), *shebangos* (caribes), *tenangos* (de San Salvador), *tingas* (californianos), *tuangos* (de Colombia, orillas del río Guacubá), *tungos* (de Colombia), *vikingos* (de Groenlandia) y *yangas* (de Bolivia).

Entre las voces africanas que han tomado carta de ciudadanía por estas tierras, ante todo traídas por los esclavos, figuran muchas palabras con estas terminaciones. Véase, para comprobación de esto, la notable obra de F. Ortiz, *Glosario de afro-negrismos*, y se tendrá copiosa cantidad de ejemplos. He aquí algunos, muy usados en Cuba: *ampanga* (vale por tonto, Ampanga fue capital del Congo), *apobanga* (danzón), *aronga* ("de aronga" es quedar bien), *bilongo* (hechizo), *bitongo* (mimado, bobo)<sup>1</sup>, *bongo* (riqueza, lancha), *bunga* (orquesta pobre o instrumento musical de bulla, engaño), *bulungo* (bebistrajo), *burundanga* (la da Rodríguez Marín, en *Un millar de voces castizas*, como sinónima de *morondanga* y con el significado de "futilidad". Supone Ortiz que se trata de voces parónimas, como que *burundanga* proviene de *baraúnda* + *nga*, o sea *baraúnda* de lo más despreciable), *cacansfunga*, *cafunga* o *cafú* (personaje del folklore afrocubano), *cacongo*, *ga*, (congo, natural del río Congo), *candanga* (tonto), *caringa* o *calinga* (baile de negros), *changa* (guasa, broma), *chango* (baile afrocubano), *chipilingo* (ficha de poco valor, hombre enclenque), *chocolongo* (juego de niños), *frucanga* (sambumbia con ají), *jorungo* (molesto), *machanga* (mujer marimacho, *macha* + *nga*), *macarabonga* (cosa del diablo), *mofongo* (comida africana), *moringa* (fantasma, coco o cuco), *mulengo* (mulato, *mulo* + *ngo*), *musenga* (caña de azúcar), *musongo* (negro de Angola), *ñinga* (¡nunca!), *ñoringo* (uña y trozo de papel o trapo usado para enrizar el cabello), *sangandongo* o *zangandongo* (tonto, haragán; la Acad. trae *zangandungo* y también Monlau, quien deriva esta

<sup>1</sup> Al definir esta voz (pág. 55), dice: "Por la terminación *ngo*, parece voz africana. Este sufijo *-nga* o *-ngo* es muy frecuente en Cuba, en voces que, aun siendo algunas castellanas, o cuando menos como andalucismos, parecen proceder de las africanas por esta terminación, cuando no por sus raíces".

palabra de “zángano”), *sirindango, a*, (se aplica al pájaro que vuela sin rumbo fijo, cosa que cuelga y se menea) y *songa* (burla).

—¿Se podrá argüir acaso que el hecho de que haya sufijos tan americanos — ya que el sufijo, o terminación de las palabras, es lo que más caracteriza a un idioma — importa de suyo un paso hacia la desmembración del castellano, profetizada para un futuro más o menos remoto, entre otros, nada menos que por el colombiano Cuervo, el más ilustre de nuestros filólogos?... (véase el Prólogo de *Apuntaciones*).

—No, terminantemente, ante todo porque los americanismos, dada la facilidad de comunicación que existe hoy, así como refluyen instantáneamente de un extremo a otro de América, se van también hasta España.

Ya he demostrado en *El castellano en América — Su evolución*, y en ponencias aprobadas en el Congreso Científico reunido en Buenos Aires, en julio de 1910 (véase el *Monitor de Educación Común*, N<sup>o</sup> 454 del año xxix) y en el primer Congreso del Habla, reunido también en Buenos Aires, en 1939 (véase el cap. III de mi *Evolución del habla*), que el castellano no muestra tendencia alguna a desmembrarse y que, por el contrario, tiende a consolidar cada día más su unidad. Y cuéntese que contribuimos en gran parte a mantener y fomentar esta unificación los que, como el muy ilustre colombiano R. P. Félix Restrepo, a quien se honra justicieramente con esta publicación, nos dedicamos a estudiar y a dar a luz todas las características, excelencias o defectos del habla común, llámese castellano o lengua española.

\* \* \*

Voy a tratar primeramente de *-ango, -anga*, sufijos no muy fecundos, pero no por ello despreciables; los he echado de menos al verme obligado a buscar o desenredar la etimología de algunas voces de origen indio, castellanizadas. Resulte lo que resultare de mi investigación, quien me siga no dejará de hallar algunas informaciones útiles.

Nace probablemente como variante de *-anco*, *-anca*. En quichua está *yanca*, cosa ruin, desechada, sin valor, sin provecho, según Mossi. Y se mantiene en las provincias argentinas del norte a la par de *yangá*, que se usa también como adj. compuesto, *yangayanga*, despreocupado, desaliñado, tontuelo. Abunda esta terminación en voces toponímicas de La Rioja y Catamarca y significa, según Lafone Quevedo, “*co*, agua, y *an*, alto o falda”.

Entremos a examinar algunas de las voces formadas con este sufijo, *-ango*, *-anga*.

*Bullanga*. De *bullá*, dicen la Academia y otros autores... Bien han podido ser más explicativos y citar el sufijo *-anga*, que viene a formar esta voz y a concederle el tono despectivo que le es característico. En la Argentina es muy corriente la epéntesis *bullaranga*, tanto como la misma *bullanga*, si no más.

*Charanga* (sin etimología en la Academia y en los Diccionarios etimológicos de Barcia y Monlau) está formada, a mi ver, por la raíz *clar*, de clarín, y el sufijo *-anga*, que aporta cierta acepción despectiva, desde que se trata de banda de clarines, banda reducida, incompleta. El cambio de *ch* por *cl* se explica fácilmente, pues, como bien lo advierte Calandrelli (*Dic. etim.*), de *clarangas* originóse *charanga*, como se forma el italiano *chiarina* o *chiarino*, mediante el suf. *-ina*, *-ino*, con la misma raíz *clar* (del adj. latino *clarus*, *-a*, *-um*).

La misma etimología ha de corresponder a *charango*, especie de bandurria o pequeña guitarra de sonidos muy agudos y claros, como los del clarín, que usa el bajo pueblo, tanto el castellano como el indio, del Perú, Bolivia y del Norte de Chile y Argentina. El *Dicc. académico* registra a *charango* como exclusivo de los indios del Perú y sin etimología; Palma y Cañas lo anotan como quichua, sin dar la palabra original; pero, como lo hace presente Lenz (*Dicc. etim.*), resulta muy dudosa tal procedencia, tanto por la *g*, extraña para el quichua, como por el hecho de no haber mención alguna en el minucioso Midendorf, y adelanta que “es muy posible que haya habido una palabra antigua castellana de la cual se deriven ambas formas” (*charango* y *charanga*). Dicen también *changango*.

*Mojiganga* o *bojiganga* (sin etimología en la Acad.): si es que proviene, como quiere Barcia, del lat. *mojilalia* (difícil de

expresarse), del griego *mojis* (difícilmente) y *lalein* (hablar), me parece algo difícil o rara la modificación *lalia* = *anga*; es más lógico suponer la influencia del sufijo *-anga* que aporta el valor despectivo que existe en esta palabra y buscar otra radical. La etimología que da Monlau resulta también discutible, y más aceptable me parece la de Larramendi: del vascuence *musiganga*, que significa lo mismo, y viene de *musu* (cara) y *gana* (encima); es decir, cara sobrepuesta, careta. *Mojigato*, *-ata*, *-atería*, *-atez*, son afines de *mojiganga*.

*Morondanga* (sin etimología en la Acad.): de *morondo* y éste de *mondo*, según Barcia, quien deja incompleta su explicación, ya que no para mientes en el sufijo *-anga*, que viene a dar la significación despectiva que es propia de esta voz. Más me inclino a contar, de acuerdo con Monlau, a *morondo*, y por tanto a *morondanga*, como derivados de *moro*.

En Salta (*Dicc. de regionalismos*, por J. V. Solá) se usan *muchango* y *mucharango*, por *muchacho*; cabe suponer que por aféresis de *muchango* ha quedado *chango*, tan popular en las provincias norteñas. Se oye también en aquella provincia *pis-chango*, como designación de las personas de baja estatura.

Y no falta en España quien aproveche la significación despectiva de *-ango* para formar derivados neológicos: Blasco Ibáñez dice *queridango* (*querido* + *ango*) en el cap. VIII de *Flor de mayo*.

*Ringorrango*: sin etimología en la Acad.; “vocablo de fantasía” es toda la etimología que da Barcia; proviene, a mi ver, de *ringla* desde que expresa los trazos caprichosos que salen de la *regla* o *renglón*. Hay que contar la superposición de dos incrementos *-orra* y *-ango*, que hacen más despectiva la voz.

*Zanguango* (sin etimología en la Acad. y Barcia) viene de *zanco*, que ha ido dando *zancón*, *zangón*, *zanguango*; esta voz es más despectiva que *zangón* y se debe tanto desprecio al sufijo *-ango*. Covarrubias pone a *zángano* en esta misma familia; y Monlau se atiene a él para dar a *zanguango* como derivado de *zángano*, contándolo, por tanto, como afín de *zangandongo*, *zangandungo*, voces en que figuran los sufijos *-ongo*, *-ungo*, muy semejantes a *-ango* y tan olvidados como éste. Diez da otra etimología para *zángano*, como que lo hace derivar del italiano

*cíngano*, gitano; bien se ve que esta disparidad no perjudica la existencia de los sufijos que vengo estudiando.

En *fritanga*, voz que parece formada en América, pues faltaba en la Acad., hasta 1925, y en casi todos los léxicos escritos en España, a pesar de ser muy corriente en la Argentina, Chile, Perú y Honduras, llegándose hasta Cuba, donde dicen también *fricanga* o *frucanga* (*Dicc. de americanismos*, por Francisco J. Santamaría), resalta evidentemente la presencia y la significación del suf. *-anga*. El *frito* nos da la *fritada* o la *fritura*; pero cuando éstas no se andan muy bien sólo nos resulta una *fritanga*, frito ligero, que no haría, por cierto, las delicias de un *gourmet*. Usase en Santander: “y almorzando una *fritanga* con borona” (J. M. Pereda, *Peñas arriba*, cap. v); “un olor muy agradable de *fritangas*” (J. M. Pereda, *ob. cit.*, cap. xii).

El argentinismo *carrindanga* vale por *carricoche*, y es más usado y aun más despectivo que esta voz. Se forma con *carrín* y *-anga*; la *d* es letra epéntica que suaviza el vocablo.

Como otras muestras de la tendencia de esta terminación *-anga* a connotar cierta idea despectiva citaré el mejicanismo *guachinango* que Ramos Duarte (*Dicc. de mej.*) considera “corruptela del azteca *cuahchinanco*” (en rigor de verdad no hay corruptela, sino fácil, natural cambio de *c* pospalatal por *g*). En Cuba tiene el significado de astuto, zalamero; usado en femenino, *guachinanga*, es una tranca de madera para sujetar por dentro puertas o ventanas. En Méjico ha venido a agregar los de “gollero, ratero, ladrón” y otros significados no menos despectivos. Y ya que a Méjico nos hemos remitido añadiré que llaman allá *caballerango* (en Veracruz, según Ramos D., y en todo Méjico, según Santamaría) al caballerizo o mozo de mulas; *chango*, al mono chicuelo, al que es negro y feo; *guasanga*, a la bulla o baraúnda (lo mismo en Honduras, según Membreño, y en Cuba, según Malaret y Santamaría); *mapiango* (Santamaría trae *mapeango*), al que es inútil, al que es una calamidad (se diría que es adaptación del italiano *ma-piango* si oyeran más esta lengua los mejicanos); *matanga*, rebatiña, juego de niños (derivado de *matar* seguramente); *mango*, al forastero (del azteca *manco*, sobre la muralla, según Ramos D.), y *pindanga*, a la *pindonga*. *Caballer-ango*, *guas-anga*, *mat-anga* muestran

palmariamente la existencia del suf. *-ango*, *-anga*, y todas las voces apuntadas, la connotación despectiva que es propia de esta terminación.

Obsérvase la misma connotación despectiva en todos los cubanismos de igual o parecida terminación que trae el *Vocabulario* de C. Suárez: *cañadonga* (aguardiente de mala calidad), *caringa* (canción de la plebe), *congo*, *-a* (baile propio de gentualla, muy de moda ahora), *cundango* (sodomita o maricón), *charango* (carta de poco valor en el juego de malilla; usado como adj. aplícase a lo que es pequeño, insignificante y despreciable), *chingo*, *-a* (adj. familiar: pequeño), *fandango* (desorden), *frucanga* (bebida con ají), *galanga* (*arum colocasia*, variedad de la *malanga*, planta oriunda de Africa que produce un tubérculo muy usado como alimento por la gente pobre), *gandinga* (comida preparada con hígados, especialmente de cerdo: indolencia, apatía), *guarango* (bohío de un solo compartimento habitado por familia numerosa), *guasanga* (alboroto, riña, pelotera; de origen caribe, según algunos, pero más probablemente del castellano *guasa* y el suf. *-anga*), *mabinga* (tabaco de mala calidad, guiso que se prepara con malanga, estiércol), *machango* (persona torpe y grosera, que tiene alguna semejanza con el mono de este nombre), *malanga* (además de la planta de tubérculos comestibles, es persona torpe, cobarde y tímida), *mapiangó* (amigo, entre individuos de baja estofa), *matuango* (ave, que también se llama "aguaitacaimán" y "cagón"), *matungo* (rocín, como en la Argentina, y también persona flaca y débil), *maturranga* (argucia, acción poco lícita; se da como der. de *matar* y como afín de *maturranguero*: tunante, de baja condición), *mingo* (pacato), *morronga* o *pinga* (pene) y *remandingo* (escándalo, confusión, alboroto).

Es muy común en América la tendencia a convertir en *-ngo* la terminación *-nco*; acá, en la Argentina, al menos, nadie dice *renco*, sino *rengo*, y los derivados *renguear*, *renguera*, etc. Obedeciendo a esta tendencia muchas voces quichuas, cacasnas y de otras lenguas o dialectos indígenas, han venido a castellanizarse con la terminación *-ango*, *-anga*. En Catamarca, por ejemplo, es muy común en la designación de lugares; tiénese: *Ampajango*, *Apucango*, *Fiyango*, *Guango*, *Ysmiango*, *Joyango*, *Michan-*

go, *Mixango*, *Pajango*, etc. Lafone Quevedo (*Tesoro de catamarqueñismos*), al dar la etimología de estas voces, que generalmente designan lugares de faldas, supone que la terminación *ango* viene del cacán *anco*. Dardo de la Vega Díaz, en su *Toponimia riojana*, ratifica las indicaciones de Lafone Quevedo y agrega innumerables ejemplos; al comienzo de la obra aparecen, claramente definidos, los toponímicos: *Ahuanco* > *Ahuan-go* > *Aguango* (conocida aguada de La Rioja), *Arahuango* > *Araguango* (cumbre del Velasco), *Asahuanco* > *Asahuango* (lugar de "Los Sauces"), y muchos más. Hay que advertir que esta terminación *-ango* figura en nombres geográficos que poca, muy poca relación habrán podido tener con el cacán; así, en Colombia, está *Bucaramanga*; en Guatemala, *Quezaltenango*; en Méjico, *Zumpango*; y dejaré sin citar otros nombres, *Durango*, por ejemplo, de Méjico, que proviene de España.

En nuestra misma provincia de Catamarca hay voces que se deben a la acción del sufijo *-ango*: *huamango* (*butes aguia*) designación del halcón, rapaz carnívora que deja sin etimología Lafone Q., en su *Tesoro de catamarqueñismos*, es la voz quichua *huaman*, azor o halcón, castellanizada con la terminación despectiva *-ango*. En Venezuela como en Méjico, *machango* y *chango* designan una especie de mono, y metafóricamente, la persona que por su físico se asemeja a este animal (Rivadó, *Voces nuevas*). En Honduras, *machango* es "caballería mala" (Membreño).

Seguiré analizando otros ejemplos para comprobar cuán común es este sufijo en voces americanas.

*Catanga* (*megathopa villosa*, Philippi), coleóptero de Chile y de nuestras provincias andinas, que suele refugiarse bajo los excrementos; debe su nombre, según Segovia (*Dicc. de arg.*), al quichua *acatanca* que traducido literalmente dice: "empuja estiércol". Lenz, al anotar esta voz en su *Dicc. etim.*, advierte que si el nombre es exclusivamente chileno se puede derivar del mapuche (véase Febrés) *catan*, "agujerear". Sea que se acepte la procedencia que registra Lenz o que admitamos como radical el castellano *cata*, de "catar", como catear, catador, cateador, etc., resulta evidente la acción del suf. *-anga*. En Colombia (Uribe U.) llaman *catanga* a una canasta que sirve para pes-



car: aquí conviene la última etimología que ofrezco, ya que hay tanta semejanza entre esta significación y la de *cata*, sondeo, acción de registrar. En Bolivia, según la Acad., es un “carrito tirado por un caballo, para el transporte de fruta”. Hacia el sur argentino llaman *catango* o *catanga*, a una especie de carreta muy simple, y también *capango*: “Plurales visiones, que ya se fijan en el esbelto *capango* como en la pesada carreta mendocinana” (*Las carretas*, artículo de la revista *Riel y Fomento*, núm. de junio de 1912).

*Chimango*, voz que Segovia da como proveniente del guaraní, está formada por el elemento onomatopéyico *chima* y el suf. *-ango*. Se trata del *milvago pezophora* de Burm., rapaz diurna de color canela y blanquizco, que abunda en casi toda la Argentina. La acción despectiva del suf. *-ango* viene a distinguir esta especie de *milvago* de otra muy parecida, aunque algo más grande, citada por Azara, con el nombre, también onomatopéyico, de *chimachima*. La denominación *chihuanhai* que daban, según parece, los quichuas a estas aves tiene también su principio onomatopéyico, su cierto parecido con el grito característico de este género de rapaces.

En Salta, *pachanga* (según Solá, *Dicc. de regionalismos*) es “cansado” y proviene del quichua *pahtja*, “tendido de bruces”. Para completar esta etimología falta contar la acción del suf. castellanizante *-anga*.

Del quichua *pichay*, *picha*, “limpiar”, ha nacido la voz *pichana*, especie de escoba en las provincias cuyanas, y también la planta ramosa (*cassia aphylla* o *baccharis spartioides* de Philippi) que se emplea como tal en estas provincias, en Chile (Lenz) y en el Perú (Arona). En Colombia (Uribe y Cuervo) *pichana* ha se convertido en *pichanga*: véase la tendencia a entrometerse por todas partes del *-anga* que no han tenido en cuenta los señores filólogos. En Catamarca llaman *pichanga* al mosto tierno y da Lafone Quevedo esta etimología: “Talvez se derive del verbo *picha* ‘limpiar’, *ga* es por *ca* después de *n*, partícula demostrativa, y la *n* puede ser derivado verbal, lo colado, porque con *pichana* se hace una coladora para aloja”. Me parece que se ha utilizado demasiado este análisis etimológico por no caer en la cuenta de que anda metido el suf. *-anga*.

En la provincia de Buenos Aires es común, aunque no la registra diccionario alguno, la expresión “*engaña pichanga*”, que Solá anota como “*ñanga pichanga*” (así dirán en Salta esta expresión), que vale tanto como “engañifa, burla burlando”; y dado el tono picaresco con que se la emplea y lo distantes que estamos los bonaerenses de los cuyanos, catamarqueños y colombianos, que tienen en uso las *pichanas* y *pichangas*, estoy por creer que se trata de un derivado del anticuado *picha*, *picho*, “caño que da salida al líquido de un recipiente”, en gallego, y por nuestro litoral, algo muy parecido, de donde se deriva la voz *pichilín*. Hay que contar que Solá presenta a *ñanga*, como “engaño”, voz que es común en otras partes.

El filólogo Lenz, generalmente acertado y seguro en sus etimologías, aun cuando su redacción no resulte a veces muy clara y correcta, muéstrase perplejo al tratar la que corresponde a *quillango* (véase el *Dicc. etim. de las voces chilenas derivadas de lengua indígena*, pág. 666); dice: “Granada deriva la palabra de mapuche; Febrés, *icúlla*, la manta que traen las indias como manto; Valdivia, *iclla*, la manta de la india; y relaciona esta voz con quichua Middendorf, 533; *lijilla*, manta de las indias. Mapuche *icúlla* en efecto se derivará del quechua antiguo *liclla*; pero ni uno ni otro son suficientes para explicar la terminación de *quillango*...”. Hay que contar que esta voz se ha castellanizado con el suf. -*ango*; proviene, sin duda alguna, del araucano *iculla*, o, más directamente, del pampa *iquilla*: por atenuación de la inicial *i*, *quilla*, *quill-ango*. Debo agregar que el *pie* que agrega el T. Coronel Barbará (*Manual de la lengua pampa*. Buenos Aires, 1879): *quilla-pié*, y el *pi* de Zerolo, quien da *quiyapí*, nada tienen que hacer con la etimología de *quillango*, si no es corroborar que se desvanece la *i* inicial.

*Tamango*: cuero de oveja con que se envuelven los pies para pasar la cordillera entre la Argentina y Chile; por extensión, sírvenos despectivamente esta voz para designar el calzado grande y tosco. Lenz (obra citada), al dar la etimología, dice: “Es probable que sea palabra indígena, pero no le encuentro etimología ni en mapuche, ni en quechua, ni aimará, ni allentiac. Tal vez es de algún dialecto tehuelche, como lo supongo para *quillango*, que tiene la misma terminación y cierta seme-

janza de sentido". Lugones, en sus *Voces americanas de procedencia árabe* (*La Nación*, VIII), da esta curiosa explicación etimológica respecto a esta voz: "El P. Alcalá en su *Vocabulista*, da borceguí por *iltimak*, forma en la cual los árabes de España corrompieron la voz turca *tumak*, dice Dozy en su *Dictionnaire des Vêtements Arabes*, pág. 49, primer artículo. Supongo, agrega, que los árabes añadieron su artículo a la voz turca, considerando en seguida el *al* como parte integrante de la palabra; y citando la *Topografía de Argel*, de Diego de Haedo, recuerda que éste dice, en referencia a los turcos de dicha comarca: "llaman a los borceguíes *tumaques*". La forma del borceguí corresponde, por otra parte, a la del tamango criollo. — La baja latinidad suministra los conexivos necesarios —. Efectivamente, en bajo latín, la voz *tagnare* era curtir los cueros; y el empeine del borceguí recibía el nombre de *tomaira*. Este último parece haber procedido a su vez del ruso *towar*, cuero, ya que los cueros de Rusia y de Bulgaria, que en la Edad Media confundíanse con aquélla, dándole muchas veces su nombre, fueron célebres entonces (Dozy, *op. cit.*, pág. 156, nota); y según Ducange (artículo pertinente), de ahí procedió el italiano *tomaio*, que significa lo mismo. *Thomar*, en bajo latín, significaba, además, chanclo. Es todavía sumamente probable que las voces *tomar*, por antonomasia de la atadura y ajuste con que toma el pie el empeine del calzado en cuestión, y *tamaño*, por referencia a la holgura, concurrieran a la formación definitiva". A mi ver, es de formación castellana: de *tamaño* (del latín *tam*, tan, y *magnus*, grande) y *ango*, que aporta cierta significación despectiva, muy de acuerdo con la rusticidad de este calzado.

El suramericanismo *changa* y sus afines *changar*, *changa-dor*, etc., provienen del quichua, son variantes de *chanca* (*chanc-ca*, dar principio a una obra).

La Acad. anota sin etimología el adj. *guarango*, *ga*, incivil, mal educado, descarado, como voz corriente en Argentina, Chile y Uruguay; corresponde también a Bolivia, Perú y Paraguay, y proviene del quichua *huananac*, desastrado. Cuenta los derivados *guaranguear* y *guaranguería*, no anotados por la Acad. Hay en el Perú una especie de aroma (*acacia tor-*

*tuosa*) que llaman *huaranco* o *guaranco*<sup>2</sup> > *huarango* o *guarango*, y cita Mossi un "cardón grande de tunas" que nombran *guaranco* > *guarango*; sólo por metáfora podrían darnos estas plantas el adj. *guarango*. Es más aceptable la procedencia del quichua *huaranac* > *guaranac*, castellanizado con el suf. *-ango*.

Así como en los nombres de tribus indígenas abunda la terminación *ngo*, *nga*, en los nombres de animales y de plantas y sus frutos, de América. He aquí una serie de ejemplos verdaderamente americanos, que constan casi todos en los *Dicc. de americanismos* de Santamaría y Malaret, los más completos que tenemos hasta ahora: *abanga*, nombre del fruto de una palmera de Santo Tomás; la *arracanga* es una ave de Guatemala y Honduras; la *cabalonga* (*Thebetia peruviana*, M.) es un árbol muy vistoso de las regiones tropicales y, en Méjico, nombra el "haba de San Ignacio" (*Ignacia amara*, S. y M.); la *cahuinga* es una leguminosa de Méjico; la *calunga* es una planta del Brasil (*Simaruba ferruginea*); el *calungo*, voz africana probablemente, nombra, en Colombia y Venezuela, una especie de perro de pelo crespo; el *camungo* es, en el Perú, una especie de coco, y la Acad. lo trae como peruanismo sinónimo de chajá; la *cañadonga* es el nombre vulgar de la cañafístula en Colombia, Paraná y Méjico; *capacunga* es, en Colombia, la designación más vulgar de la rosácea llamada potentilla; *cobalonga* o *cabalonga* es, en Venezuela, la fruta, muy medicinal, de la *Ocotea pichurin*; el *corrongo* es un mono muy gracioso de Costa Rica; la *cotinga* es un pájaro dentirrostro de la parte más tropical de América; el *cuscungo* (del quichua *cuscunen*) es un buho de Ecuador y Colombia; *chacarrandonga*, *chacarrandoy* o *chacarranda* nombra un árbol (*Tecoma sp.*); *changungo* da nombre a una planta (*Birsonima crassifolia*); la *chinininga*, del Perú, es una planta (*Stemodia suffruticosa*); el *chungungo* chileno es una nutria

<sup>2</sup> El filólogo ecuatoriano G. Lemos R., reclama que se unifique la ortografía de las voces en que escribimos *hua* o *gua*, *hue* o *güe*, indistintamente. Optaría por la *g*, que responde mejor a la fonética, desde que se oye distinta y claramente su sonido gutural. Mal podríamos dejar de percibir el sonido que corresponde a la *h* en estas voces de origen indio que castellaniza nuestro vulgo, cuando tiene éste marcada tendencia a convertir en *g* hasta la suave aspiración gutural que hay en *huevo*, *hueso*, *hueco* y otras voces.

pequeña (*Lutra chilensis*); *guapurunga*, del Brasil, es el *guapurú* (*Mortus guapurú*) del N. argentino; la *guiratinga* (del guar.) es una zancuda (*Ardea lence*); *gulungo*, en Colombia, nombra un pájaro (*Cassinus cristatus*); la *jacaratinga* es una mirtácea del Brasil; *llamingo* (*llama* + *ingo*) designa, en Ecuador, a la llama (Bello admite este nombre de un rumiante como común a los dos géneros); *moringa* es una foca (*Macrorhynchus elephantinus*); *ñuñunga* (*Solanum gnaphaloides*) es una planta indígena del Perú; el *olingo* es un mono de Honduras, palabra que ya ha tenido entrada en la Acad.; el *otorongo* (del quichua *otoroncu*) es una especie de oso (*Tremarctos frugilens*) del Perú; la *pacunga* (*Bidens andicola*) es una maleza de Colombia; la *pellonga* es una papa indígena de Chiloé; el *pichicango* (*Aruno nitida*) es una gramínea de Colombia y América Central; el *pincopingo* (del quichua *pincopinco*) es una planta indígena (*Ephedra americana*) que ya figura en el Léxico acad.; el *pipilongo*, de Colombia, es una planta piperácea; la *pitanga*, ya anotada por la R. Acad. (del guar. *ibapitá*) es un árbol del N. argentino (*Eugenia specialis* y *E. uniflora*); *sachapanga*, en Colombia, nombra una lobeliácea (*Byrsanthes*), proviene del quichua *sacha* y *ppunku*, fiambre (*sacha* es un pseudoprefijo quichua, muy usado en el N. argentino y hasta Ecuador para nombrar plantas y animales; vale por parecido, pseudo, falso, y tal lo vemos en *sachacol*, *sachacabra*, *sachaguasca*, *sachalimón*, *sachalora*, *sachamelón*, *sachamembrillo*, *sachamistol*, *sachaparaíso*, *sachapera*, *sachaporoto*, *sacharroza*, *sachaiuva*, *sachavaca*, etc.); *sapotolongo* o *zapatolongo* es una planta de Colombia (*Pachira spruceana* D.); el *semicongo* o *maricongo*, es en Puerto Rico, una variedad de plátano; la *seringa* o *siringa* es una variedad de caucho del Brasil (*Hevea brasiliensis*); el *sirindango*, de Méjico y Cuba, es un pajarillo muy inquieto (*Spermophilus torquella* y *S. moreleti*); *tabolango*, en Chile, es una especie de chinche (*Paradoxomorpha crassa*, Bl.); *tangalaringa* es un pájaro mejicano, que llaman también "chinchimbacal"; *tangatanga* (del quichua *tanka*) es un escarabajo mitológico y en Colombia, una planta cordiácea; la *tarenca* es una ave de Méjico, que llaman también "vieja" (*Pipilo fuscus*, Sw.); *tatzungo*, en Méjico, es una leguminosa (*Ychthyometia americana*, S. y Moc.), es conocida también como "matapez"; la

*urubitinga* es una rapaz falcónida (*Morphunus guiamensis*); la *yerepomonga* (de guar.) es una serpiente del Brasil.

Así como en los animales y plantas indígenas son comunes estos suf. en nombres de comidas y bebestibles de regiones americanas, nombres o acepciones que vienen a resultar verdaderos regionalismos del habla. Como tales podemos citar los siguientes: *cuítzongo*, bebida muy alcohólica de Méjico; *gandinga*, en Antillas, guiso de entrañas, y en Cuba, mondongo, en Guatemala y Puerto Rico es adefesio, traje o adorno ridículo y en Bolivia, un amasijo de afrecho, maíz y miel que se da a los caballos (la Acad. anota con varias acepciones esta voz: "buscar la *gandinga*" es ganarse la vida; hay un verbo ant., "gandir", equivalente a comer; la etim. será *gand* + *inga*); llaman *morronga*, en Méjico y C. América, a una especie de morcilla o salchicha; el *mofongo* (voz africana), de P. Rico, es una vianda que se prepara con plátanos o bananas; *pusitunga* (del aimará *phuse*, caña, y *tonco*, maíz), al N. de Chile es un aguardiente ordinario; *ranga-ranga*, en Bolivia, es un guiso de tripicallos; llaman *tulanga*, en Cuba, a una masa que se hace con harina de maíz, azúcar y mantequilla; *zango* (del quichua *zancu*), en Colombia y Ecuador, es una masa cocida de maíz o plátano.

\* \* \*

Entre los americanismos de radical muy castellana están: *casanga* (*cas*, de casar + *anga*) que en Méjico designa festivamente el casamiento y en Colombia, un dulce de brevas, papayas y limones, muy usado para festejar a los que se casan; *forango*, *a* (*for*, rad de *fuera* + *ango*), como foráneo, forano, forañó, designa, aunque despectivamente, en el Perú, al que viene de afuera; *musicanga* (*music* + *anga*) es mala música, en Cuba; *pachango* y la variante *pachacho* nombran, en Honduras, a la persona o animal de piernas muy cortas, un *patango* es también un gordiflón, mientras que en Costa Rica designa al patuleco, de donde infiero que se forman estas voces con la radical *pat* + *ango*; *pendango* en P. Rico y Cuba, vale por cobarde, afeminado, es acaso afín de *pindonga*, mujerzuela muy liviana (en la Argentina, *pene*), que se deriva, según Monlau,

de "pendón" (mujer liviana); *ruciango*, en Chile, se dice despectivamente al rubio (ant. *ruci*, rubio + *ango*); en P. Rico llaman al sarampión *sarango*, por apócope *sara* + *ango* que quita importancia a esta enfermedad; la *tapacanga* en Sur. Am. es la gualdrapa para caballerías, se ha formado, como "tapacete", con *tapac* + *anga*.

A veces adquieren estas palabras terminadas en *ango*, como ya se habrá venido advirtiendo, muy diversas acepciones en las que predomina generalmente la significación despectiva: *carlanga*, por ejemplo, anotada por la Acad., significa, en Méjico pingajo, harapo, guiñapo (aunque es poco usada); en C. Rica y Colombia, grillete; en Ecuador, trangallo, palo que se coloca en el cuello de los animales para que no entren en los sembrados; en Honduras y Chile es la molestia ocasionada por personas cargantes. El *tango*, baile y música tan populares, nombra en Colombia un rollo de tabaco.

Y, para terminar con el suf. *-ango*, citaré a *pango*, hoy raramente usado (del brasileño *pancas*), que indica enredo o confusión; puede verse en el *Martín Fierro*, de Hernández, con otras voces de igual terminación:

Había empezado el *changango*,  
Y para ver el *fandango*  
Me colé haciendo bola;  
Mas metió el diablo la cola  
Y todo se volvió *pango*.

\* \* \*

Ya hemos advertido que *-engo, a*, es el único de estos sufijos que ha sido comentado por algunos filólogos, mas no le conceden la acepción despectiva que adquiere en América. No es tan fecundo como *-ango, a*. Forma, entre otros, los siguientes americanismos: *berengo*, que vale en Méjico por bobo; *cecengo* (del azteca *ceceni*), que es en C. Rica cojitranco; *chulengo*, en la Argentina y países limítrofes, es el avestruz o guanaco recién nacido o muy pequeño; *mejenga* es borrachera en Cuba y P. Rico; *mudengo*, en el Perú, tonto, tartamudo (*mudo* + *engo*); llamamos *mujerengo* al mujeriego o afeminado, en la Argentina y en C. América, en algunas partes dicen *muquengo*; en

*realengo* (*real* + *engo*, por cierto) dice la Acad. "de real", vale en América por gabela, ocioso, sin gravamen; *rulengo*, a (*rulo*, rizo + *engo*) es, en Chile, animal torcido, mal desarrollado, caballo lunanco.

\* \* \*

La terminación *-inga* se puede observar en palabras latinas, v. gr., *syringa*, jeringa. *Berlinga*, sin etimología en la Acad. y otros diccionarios, tiene probablemente la misma raíz de *berlina* (del italiano *berlina*, picota), y obra en su formación el suf. *-inga*; también podemos contarlo en *carlinga*, aunque esta voz nos llega por traducción directa del francés *carlingue*. En *gardingo*, del antiguo alto alemán *warta*, guarda, hay que admitir la presencia del suf. *-ingo* si queremos tener completa la etimología.

En *Voces americanas de procedencia árabe*, cap. vi, dice L. Lugones: "En la región argentina central, llaman a las cuartillas de patas de caballo, con que los chicos hacen ganado de jugar, burricos y *buchingos*, palabras que derivan visiblemente de burro"... aunque la derivación no sea tan visible como a Lugones se le ocurre, aparece el suf. *-ingo* con la acepción despectiva que le es consiguiente. En la Argentina y países limítrofes tenemos la voz *catinga*, hediondez que despiden los negros, o cualquier otro mal olor; si bien Montoya da la forma guaraní *ycatingai* (huele mal), supongo que se trata del guar. *catii* (hediondo) y el suf. castellanizante *-inga*, que aporta cierta acepción despectiva. El *capingo*, voz que trae la Acad. sin etimología, nombra una capa corta usada en Chile y Argentina; no hay duda que proviene de la radical *cap* + *inga*. La *cagüinga*, en Colombia, es balancín. El americanismo *chinga* tiene muy diversos significados, en algunos proviene del verbo "chingar", "chingarse", fracasar; agrego, a las acepciones que da la Acad., la vulgar denominación del *chingue* o *chiñe*, zorrino, en Chile y O. argentino. Es *chiringo*, en P. Rico, el caballo pequeño, y en Méjico, fragmentito, como el *miñango* de la Argentina, y *chiringa*, en Cuba y P. Rico, volatín pequeño o pajarita de papel, y dicen familiarmente "encampanar la *chiringa*" por encontrar



acomodo; es *chirringo* lo enclenque o pequeño y *mirringo*, en Cuba, porción despreciable o muy chica; voces, éstas, como las siguientes, que comprueban la connotación despectiva de estos sufijos. En Méjico (Ramos Duarte) circulan *chirringa*, de mal genio, gritona, que chirría (acaso *chirría* + *inga*), y *mabinga*, tabaco inferior (del caribe *maboya*, el diablo, según Ramos D., quien olvida contar la presencia del suf. *-inga*). Nuestro vulgo, que ha convertido la "faca" en *facón*, saca a veces a relucir la *fillinga* (pronuncian *fiyinga*) y recuerdo haber oído, en la prov. de San Luis, llamar *pillinga* (puede ser *pilla* + *inga*) a la pequeña vivaracha. En Honduras (Membreño) dicen *candinga*, por chanfaina; *chingo*, por corto (lo mismo en Nicaragua y Cuba); *fringa*, por frazada y por persona raquítica, y *pichingo*, por muñeco. El *mandinga*<sup>3</sup>, endemoniado, se nos ha venido de Africa y es popularísimo en toda América; goza de igual popularidad *gringo*, despectiva designación del extranjero que no habla castellano, probable variante de "griego", debida a la influencia de *-ingo*. Llaman *furuminga*, en Chile, al embrollo. La *minga*, en Catamarca y provincias limítrofes, es "reunión a que se convoca a los vecinos de un lugar o comarca para la siega del trigo, y en la cual se come, se baila y se chupa" (*Dicc.* de Garzón); es afín del verbo "mingar". La *mojinga*, en Cuba y Chile, es burla, burlado; llaman *mondingo*, en Méjico, a la caballería de paso corto y rápido; la *pinga*, en Chile, es peonza y en Méjico y Cuba, pene; *pingo* en la Argentina, es caballo brioso, en Chile es rocín, en Méjico es diablo y aparece en el *Dicc.* académico como pingajo que cuelga; *remandingo*, en Cuba, es baraúnda; la *singa* (del quichua *simpay*, tejer) es, en Colombia, una especie de lanzadera, y la Acad. sólo registra esta voz como acción y efecto de "singar", cierta manera de manejar el remo; *tapinga*, sin etimología en la Acad., nombra, en Chile, la cincha inferior del caballo que va en las varas

<sup>3</sup> MONNER SANS, en *Barbaridades que se nos escapan al hablar* (pág. 48), da estos datos: "Hay una frase castellana, citada por Correas, que dice: "El Rey Grillo; el Rey Perico; el Rey *Mandinga*", y como en el Romancero General se habla de *negros mandingas*, procedentes de la región africana de los *mandingos*, he de suponer que la voz pasó a significar diablo, por pintar negro al jefe de los ángeles rebeldes". En Honduras, el diablo es *candango*: se lo llevó *candango* (Membreño).

(*tap + inga*). *Tilingo, a*, muy corriente en toda la Argentina con el significado de memo o tonto, aparece en el *Dicc. acad.* de 1927 como argentinismo y desde 1936 es registrado como de Argentina y Méjico con la acepción de lelo o memo, sin etimología; en el *Dicc.* del mejicano Santamaría sólo figura esta voz como “pendejo”; según mi parecer, está formado nuestro *tilingo* por *tilín + ingo*; *telengo* y *telenco* o *telenque*, que se oyen en Chile, son acaso variantes del adj. *tilingo*, que ha echado ya crecida familia, como que tenemos también a *tilinguear*, *tilingada*, *tilinguería* y *tilingón*. Nos quedan, con *-ingo*, *veringo, a*, en Colombia, desnudo (acaso derivado de la raíz de “verija” en lat. *virilia*), y *zotinga*, en Tabasco, azotaina (*azote + inga*).

Agregaremos, para terminar con este suf., algunos regionalismos argentinos. En el *Dicc. de regionalismos* de Salta, por Solá, encontramos los siguientes: *atapinga, o* (lío mal hecho), *cibinga* (paja larga, que crece en los cerros), *cipingo* (zapallo pequeño), *cusiringo* (muletilla salteña para nombrar algo que no se recuerda en el momento), *chilenco* > *chilingo* (sin camisa), *chulingo* (maíz tostado con harina cocida), *chupino* o *chupingo* (desnutrido, delgado, rabicorto, vestido corto; con las últimas acepciones se extiende a las provincias cuyanas), *pillingo* (cuchilla ¿tendrá relación con la *fillinga* de la Prov. de Buenos Aires?), *pillingos* (jirones), *pishilingo* (der. de pishilín o pichilín, órgano de micción de los niños; llaman así al zorrino).

\* \* \*

La *Gramática* de la Acad., desde 1920, trae el suf. *-ongo, a* con *-ango, a*, aunque advirtiendo que están en muy pocos derivados; y da como único ejemplo de *-ongo* a *morrongo*. Esta voz tiene una radical onomatopéyica (*morro*, murmullo del gato) y en Méjico nombra, familiar y despectivamente, al mozo, sirviente o peón de minas.

En *birlonga*, dice la Acad.: “del ant. francés *berlene* y éste del alemán *bretling*”; para Barcia y Monlau se trata de un der. de *birlo*; sea como fuere, siempre queda visible la acción del suf. *-onga*. El *ing* que vemos en el alemán *bretling*, así como

ha podido dar el suf. *-ongo* (Menéndez Pidal, Torres y Gómez, etc.), nos habrá traído también a *-ongo, a*, si no es de formación americana.

Vamos a agregar ejemplos, americanismos en su mayoría.

Nuestro *bailongo*, que se llega hasta el Perú, es baile de poca monta, si no hampesco; de modo que nos muestra palmariamente la connotación despectiva del suf. *-onga*. Arrimaremos una cita, aunque las hemos venido omitiendo en mérito de la brevedad: "La luna solía espiar el *bailongo* equívoco desde los eucaliptos lejanos" (Carmelo M. Bonet, *Historia de una pasión absurda*). La *cavalonga*, amuleto en Méjico, es *covalonga* en Colombia. Lllaman *chavalonga*, en Chile y O. argentino al tifus y otras enfermedades febriles. *Chinonga* (*china* + *onga*) es peyorativo de *china* (mujer plebeya), usado en Salta y otras prov. argentinas. A fondón y fondillón se le ha agregado, en Méjico, *fondongo*, para hacer más despectiva la expresión. Lllaman *jorongo* al poncho mejicano. En Ecuador, un *longo* es un indio pequeñuelo. A lo que es deslucido, defectuoso, ruín, le decimos *mistongo* o *mixtongo* (*misto* + *ongo*). Un *mochongo*, en Méjico, es un hazmerréir (*mochó* + *ongo*). En Chile, el *molongo* es cosa larga y blandengue, figuradamente se aplica al que lleva la ropa muy ajustada; en Méjico (del azteca *molonqui*, cosa molida o blanda), es mazorca de maíz malograda por el gusano y nombre de una tiliácea (*Cissus sicyoides*, L.). Al catarro o gripe lo llaman *monga*, en P. Rico. Es un *monicongo*, en Méjico y Colombia, el negro con facha de mono. Nuestra *Milonga* es una tonada popular. La Acad., ateniéndose quizá a la etimología de Cabrera, da a *mondongo* como der. de *mondejo*, y a éste como probable descendiente de *bandujo*; para Barcia proviene de *mondo*, y Monlau cree que hay una radical común en *mondejo*, *mondongo*, *albóndiga*, etc.: de todo esto infiero que en *mondongo* (*mondo* + *ongo*) puede estar muy puesto en razón el suf. *-ongo* con su despectiva connotación. Es *ñongo*, en Chile y Cuba, el ñoño, tonto o ruín. *Pingorongo*, en Chile, es pequeñuelo y en Tabasco, pico irregular; el probable afín *pingorotudo* es alto, empinado, por la acción superlativa del suf. *-udo*, lo contrario de la connotación despectiva que aporta *-ongo*. Lllaman *pitongo* en Chile, al borracho (*pito* +

ongó) y dicen *pochonga* a la mentira. *Pilongo, a*, el afín de pelar, piloso, etc., se forma con la radical *pil* (del lat. *pilare, pilate, pilatus*, etc.) y el suf. *-ongo*, y *pilongo, a*, el der. de "pila", toma la radical de esta voz (*pil + ongo*). Es un *pongo*, en Sur. Amér., el indio sirviente, y en el Perú, una acequia. En este mismo país llaman *ponga* (del quichua *punca*) a una vasija de barro. *Porongo*, cantarito de cuello alargado o calabaza que hace de cántaro, en la Argentina, Chile, Perú, Bolivia y Río Grande del Brasil, procede, según el P. Febrés, del araucano *puruncu*; en guar., *ibaporó* es calabaza amarga, y llamamos *poro* a la calabacita de forma aovada, que sirve de mate, especialmente cuando no tiene asa; *poronga* es burla cargosa en Chile (Lenz), y pene (que también es *pindonga*, acaso por la consonancia) en la Argentina; en Colombia llaman *porrongo*, variante de *porongo*, a una vasija que se usaba para llevar bebidas alcohólicas y, por extensión, a la persona rechoncha, pero es voz y acepción que caen en desuso. En el N. argentino y en Bolivia, el *pozongo* (*pozo + ongo*) es una especie de tambor cargado con maíz, que se hace sonar como instrumento de acompañamiento en los bailes campesinos, y el *quijongo* es un instrumento musical de los indios centroamericanos, al que los colombianos llaman *carángano*. A *rezongo* lo anota la Acad. sin etimología, con sus afines terminados en *-ador, -ar, -ón, -ona, -ero, -era*; se trata, a mi ver, de *rezo + ongo* (que da la significación despectiva). *Sirindongo*, o *Don Sirindongo*, en Méjico, es un Fulano cualquiera. *Songa*, en Méjico y Cuba, es burla disimulada; en Colombia, *songo, a*, disimulado o idiota, y "a la *songa*" resulta, en Chile y Argentina, disimuladamente; *tonga*, en Aragón, Argentina y Colombia, es *tanda* o tarea; en Méjico y Cuba, pila de tablas u otras cosas, y *tongo*, en Argentina, Chile, Bolivia, Uruguay y Navarra, fullería, especialmente en las carreras de caballos; también nombra, en Chile, un sombrero hongo y una bebida (Echeverría, Lenz), y en Méjico, úsase indistintamente, *tongo* o *tungo*, por manco o mocho. En *zangandongo*, der. de *zángano*, tenemos *zángano + ongo* (hay una *d* epéntica que suaviza la voz); dicese también *zangandungo* y esto comprueba, como en *tongo* y *tungo*, la facilidad con que se conmutan *-ongo* y *-ungo*.

En el habla familiar de mi patria, oigo con frecuencia *miñunga* (voz que no registran nuestros léxicos; sólo la trae Malaret, acaso tomada de mi *Crecimiento del habla*), por *pequeñuela*: obra, sin duda, la radical *men, min, miñ*, que está en menos, menor, mínimo, minucia, minuto, minúsculo, meñique, *miñango*. . . y hasta podría ser de origen guaraní, ya que en esta habla indígena *mini, miñi* = *miri* valen por “pequeño” (*miñ + unga*). Con el mismo *-ungo* tenemos a *matungo*, despectiva designación del caballo, que llega hasta Cuba y P. Rico; sustituye a matalón y rocín, que poco usamos; para tener la etimología de esta voz, *matungo, mat + ungo*, hay que recordar que llamamos *matado* al animal que tiene mataduras, de aquí el tema *mat* que se une a *-ungo*; y he de contar que la misma radical puede darnos *maturrango (mat — urra — ang)*, individuo que apenas sabe andar a caballo, que sólo es capaz de montar *matungos*; en el Perú es “caballo flaco y malo”, es decir, *matungo* o matalón; *maturranga*, es, en Colombia y Cuba, treta, marrullería; en Honduras, delito o picardía, y en España, mujer perdida; lo que tenga que ver *maturrango* con *maturranga*. . . averígüelo Vargas, pero nadie podrá negarme la despectiva significación del suf. *-ungo, a*, como de *-anga*. En Salta (Solá) llaman *mulungo (mula + ungo)* al animal mocho, sin astas, de orejas cortadas o pequeñas, y es *putungo* una bolsa con dinero; es *uturungo*, variante de *uturunco*, el jaguar (*Felis onza*), y como adj. vale por grandote (*ají uturuncu*) y por overo o parecido al pelaje del jaguar, y es un *yunga* el que cura con “yuyos”. En Colombia, la *gallunga* (acaso *gallo + unga*) es encerrona; la *guayunga* (del quichua *huayunca*), racimo o mancuerna; el *pucungo* (del quichua *ppucuna*), un canuto para soplar el fuego; y *susunga* (del quichua *susuna*), cernedor.

En *saldunga*, que da la Acad., sin etimología, como gracia o salero, y que desde Chile hasta P. Rico vale por jarana o parranda, si no se cuenta que proviene del Congo, como explica F. Ortiz, en su *Glosario de afronegrismos*, se tendrá que admitir que entran en su formación la *sal*, que está en salero, y el suf. *-unga* que aporta la connotación despectiva que hay en jarana o parranda.

\* \* \*

Si estos mal hilvanados renglones pudieran servir para que los filólogos quieran tener en mejor cuenta los sufijos *-ango*, *-anga*, *-engo*, *-enga*, *-ingo*, *-inga*, *-ongo*, *-onga*, *-ungo*, *-unga*, y para que los lexicógrafos enderecen y pongan en su lugar las etimologías que están desaliñadas o que faltan en las voces terminadas en tales sufijos, habríanse colmado las aspiraciones que me han movido a escribir esto. Y si algo me he propasado al ver tales sufijos en algunas palabras donde no existen, que se me disculpe el desliz en mérito de la intención y en mérito de los muchos ejemplos en que resultan evidentes.

JUAN B. SELVA.

Dolores (Buenos Aires).